

OLAST



(Poema)

I

¿A dónde marchas, Rey moro?
 ¿á dónde van tus corceles?
 ¿no ves que la muerte dejas,
 y vas á dar con la muerte?

Abderrahman, vuelve grupas,
 si los de Francia te vencen,
 ¿qué esperas de los nabarros,
 que humillan á los franceses?

Si traspones la montaña,
 no la vida, el reino pierdes,
 y se deben á sus pueblos
 más que á sí propios, los reyes.

Ve que Roma la soberbia,
 la poderosa, la fuerte,
 halló en Osma y Calahorra
 desventuras por laureles.

Que el invicto Carlo-Magno
 dejó en Nabarra su hueste,

¡y donde hubo un Roncesvalles
 es fácil que vuelva á haberle!

Que de Córdoba la hermosa
 ya no verás las mujeres,
 ¡ya no verás la Mezquita
 con sus altos minaretes!

Si cruzas el Pirineo,
 desgraciada de tu gente,
 ese reino está maldito
 para el que á su honor se atreve.

Y si á pesar de mis ruegos,
 ir sobre Nabarra quieres,
 verás si es miedo ó prudencia
 lo que mis consejos mueve.

Así el buen Zaide decía
 á Abderrhaman, que en voz breve
 le replica.... ¡Dios es grande!..
 ¡á Nabarra!.. ¡es nuestra suerte!..

II

Dos días hace que Iñigo
fué camino de la sierra,
y otros dos que está llorosa
su enamorada Jimena.

Miradla allí; en su mirada
parece que el alma enferma
dice: ¡suspírad, amores,
que padece vuestra dueña!

Alza los turbados ojos,
y de pesadumbre llena,
dice la cuitada niña
que llora males de ausencia:

—Dos días hace que Iñigo
no me enamora ni alegre,
y aunque me juraba afecto,
poco siente, pues me deja.

Quien olvida su cariño
por correr tras de las fieras,
y más que de amor se cuida
del venablo y las saetas;

quien gusta de oír rugidos
más que de oír voces tiernas,
y prefiere á mi semblante
la lobreguez de la selva;

quien por ir á sus placeres
mis placeres atropella,
y goza, ingrato, bebiendo
en la fuente de mis penas;

quien está ciego á mi llanto,
quien está sordo á mis quejas,

quien no muestra en sus acciones
lo que en sus palabras muestra;

quien dejándome entre duelos
va á sitios donde se alegra,
no me quiso, y de quererme
no me dió ni falsas pruebas.

Dulce dueño de mis ojos,
deja la lid con las fieras,
y así Dios te dé venturas
como suspiros me cuestas.

Ven.... si las sombras te placen,
sé yo tan umbria selva,
que por su follaje espeso
ni el sol ni el aire penetran.

Tiene en esas soledades
el agua más transparencia,
la rosa mejor fragancia,
el ruiseñor más terneza.

Ven.... y escuchemos del ave
la enamorada querella,
que con su dulce armonía
los sentidos enajena.

Mas... ¡ay!... en vano te llamo,
que harto me dice tu ausencia,
que las voces de mi pecho
al tuyo falso no llegan.—

Dijo, y calló la cuitada
cuanto hermosa roncalesa,
por dar término á sus voces,
que no le tiene su pena.

III

Murió Iñigo; el extranjero
le asesinó en la montaña,
¡que lo que el valor no puede
lo puede siempre la infamia!

A cazar salió el mancebo,
¡nunca saliera de caza!
él, perdió en ella la vida....
y Jimena.... ¡perdió el alma!

Pobre tórtola que gimes,
¿á quién suspiras ni llamas,
si antes de llegar al cielo
quiebra el aire tus palabras?

¡Ay Jimena! la ventura
apenas su huella marca,
mientras que están las desdichas
en firme roca talladas.

Pobre niña sin consuelo,
¿qué te diré en tu desgracia?...
¡para tan hondos pesares,
solo en Dios hay esperanza!—

Esto le dijo un anciano,
y cuando la desdichada
se vió sola, de esta suerte
mostró su amor y sus ansias.

—Iñigo, luz de mis ojos,
¿porqué la suerte tirana
quebró la ilusión de un sueño,
refugio de nuestras almas?...

¡Ah! que fueron nuestros goces
y nuestras horas de calma,
flores que un sol vivifica
y el siguiente sol abrasa.

Sin ti, la existencia es muerte,
tu desgracia es mi desgracia,
y el tiempo, una noche eterna,
¡eterna.... como mis ansias!

Ya solo se abren mis labios
para expresar lo que te aman,
y estos tristes ojos míos
para verter una lágrima.

El són de tus dulces trovas
ya no alegra mi velada,
ya ni los ecos percibo
de tu amorosa palabra.

Pero.... ¿por qué me consumo
en llanto inútil bañada?
truéquense en ira mis duelos,
borre el pesar la venganza,

y asombro del orbe sea
mi furor, cuando en mi patria
despierte mi acento el odio
que las medias lunas barra.

Dijo, y entró en la espesura
sólo de fieras poblada,
que no amedrentan peligros
á quien la muerte no espanta.

IV

No con olorosas flores
está adornada Jimena,
porque muertas las del alma,
toda flor le da tristeza.

Vestida se halla de negro
como cuadra á su dolencia
y empuñando agudo dardo
como quien va en són de guerra.

Ya su regalada boca,
desde su fortuna adversa,
de nido que era de amores
se ha vuelto cárcel de penas.

Ya ni suspira, ni llora,
ni de su dolor da cuenta,
que para tal sufrimiento
pequeño alivio es la queja.

Aquel dulce sonrosado
que sus mejillas tuvieran,
lo borró el llanto, que nunca
debió amargar su existencia.

Mas.... á quien muriendo vive
¿qué le importa la belleza?
¿quién da remedios al cuerpo
cuando es el alma la enferma?

Pero vedla: allí aparece
cabalgando en su hacanea,
ardiente cual sus deseos,
cual su pesadumbre, negra.

A toda rienda galopa
por entre jaras y peñas,
no la detienen abismos,
alas sus iras la prestan.

Ya traspone la alta cima,
ya baja por la agria cuesta,
ya se la ve como un rayo
atravesar la pradera.

y llegándose á la plaza
donde la villa está en fiesta,
dice á la asombrada gente,
con voz triste, pero entera:

—Hora es ya de que troquemos
la diversión por la guerra,
hora es de empuñar las armas
enmudeciendo las lenguas;

¡Cómo! mientras el contrario
en nuestra frontera reina,
andáis en liviano juego
sin marchar á la frontera....

¡Al arma! ¡al arma! nabarros,
que por muy pronto que sea,
por muy pronto.... será tarde
para vengar tanta ofensa.

A estas horas el incendio
devora pueblos y selvas,
¡sangre de moros lo apague,
pues moros hacen la afrenta!

Si sois hijos de Nabarra,
armad las inermes diestras,
que en presencia de enemigos
dejar el acero es mengua.

Venid, la patria espirante,
Dios y el derecho lo ordenan;
¡no es cristiano quien no venga
las profanadas iglesias!

Quédense aquí los que adoren
más que su honor la existencia,

más que la patria la vida,
si hay vida dond hay cadenas...

y sígame quien anhele
herir la africana enseña
y sobre banderas moras
enclavar nuestra bandera.—

Dijo así, y al punto mismo
Burgui cambió de apariencia,
y en vez de sonos alegres
se oyeron cantos de guerra.

HERMILIO DE OLÓRIZ.

(Se concluirá)

URDANETA

Cuadro de Irureta

La causa de habernos ocupado en varias ocasiones del distinguido pintor guipuzcoano nos obliga hoy á limitarnos solamente á su última producción.

Irureta ha pintado este lienzo con destino al Ayuntamiento de Villafranca, y por encargo de la misma corporación, honrando de esta manera la memoria del sabio agustino.

Irureta ha estado falicísimo en su obra, ha pintado un fraile, pero primeramente, como bien se ve, lo ha estudiado, se ha trasportado á la época en que floreció, y por estas circunstancias el Urdaneta que nos presenta el pintor bascongado, no es el fraile que se halla recluso bajo las bóvedas de un obscuro monasterio, en ensimismada meditación, no es el monje que apenas se atreve á dirigir su vista fuera de los claustros del convento; Irureta ha concebido al sabio agustino tal cual fué, según sus biografías y noticias; no es el fraile solitario, no,

OLAST



(Poema)

(CONCLUSIÓN)

V

Ese ruido que producen
los hierros al encontrarse,
ese es el ruido que brota
de lo profundo del valle.

En él se ve al agareno
loco y ciego de coraje,
como el león que despierta
prisionero en férrea cárcel.

—Viniste lleno de galas
como quien á zambras sale,
¡já triunfar... vengo! decías,
¡já morir... viniste, alarbe!

Recuerda lo que te dijo
el valentísimo Zaide,
Zaide.... á quien hoy ven tus ojos
envuelto en su propia sangre.

¿Qué te dijo?... Pero.... ¡mira
aquel monte!... ¡cómo barren
las peñas en fieros tumbos
tus desgobernadas haces!

Si eres tan diestro y sereno
que á nada temes ni á nadie,
y en la lid como en las zambras
tu esforzado seno late;

si al sol miras frente á frente
sin que tus ojos se empañen,
y eres águila, á quien causan
desprecio las tempestades...

piensa en Zaide, advierte el miedo
que oprime á tus capitanes,
y dí si su profecía
no está escrita en sus semblantes.

Esto dice Sarracino;
el Rey requiere su alfanje
y hácia la montaña corre
gritando: ¡á mí los leales!

Allí van... Los roncaleses,
al verlos, dejan audaces
la cumbre, y en la pradera
como una avalancha caen.

Esforzados son los moros,
bien luce el hierro en sus trajes,
sus contrarios van sin hierro...
¡pero son de Roncesvalles!

Al primer choque, la tierra
se enrojece con la sangre,
y gime ante el duro peso
de tanto y tanto cadáver.

Ya ni peñascos, ni jaras
vuelan oprimiendo el aire,
mas despidiendo centellas
se encuentran hachas y alfanjes.

Basco, un montañés, que al verlo
huyen las fieras cobardes,
con cuatro moros de Córdoba
sostiene reñido trance.

Herido está, y conteniendo
con su mano vida y sangre,
al más audaz atraviesa
con el duro hierro... y cae.

Sarracino lucha... y lucha...
con el valeroso Garde,
el que ha matado á los moros
más denodados y audaces.

Tiene los brazos desnudos,
arma su diestra un alfanje,
y en sus rojos labios flotan
el sarcasmo y el coraje.

Con su lanza juzga el moro
poner término al combate,
y dando un salto el nabarro
hiere el corcel del alarbe.

Garde vence; pero huyendo
viene un escuadrón á escape,
y en un punto vida y gloria
los raudos potros deshacen.

Todo es confusión y gritos,
ya cejan los musulmanes,
ya se alfombra el ancho suelo
con los deshechos turbantes.

¿A dónde vas, Rey de moros?
¿Huyes quizá del combate?
tú, por quien tantos fenecen,
¿temes morir?... ¡ah! ¡cobarde!

¿Huyes?... pues qué, ¿no recuerdas
lo que respondiste á Zaide?
¡Es el destino!... ¡á Nabarra!...
Sí, ¡á Nabarra!... ¡Dios es grande!

VI

Aun duraba la pelea
y aun su abrumador estruendo
subía del hondo valle
al fragoso Pirineo.

Ríos de sangre corrían
de Olast por el ancho suelo,
y la tierra palpitaba
bajo sabanas de muertos.

Todo era horror en el moro,
todo en el contrario fuego,
cuando gritaba Jimena
con acalorado acento:

—Nabarros: en la batalla
ni un instante reposemos,
y hagamos ver al contrario
lo que va de pueblo á pueblo.

Si es inmensa su osadía,
nuestro valor es inmenso,
y si el hierro los defiende,
nuestra voluntad es hierro;

si luchan por conquistarnos,
por la tumba peleemos,
que allí todos son iguales,
que allí no hay amos, ni siervos.

Esto dice; y al ver que huyen
marcha en pos de los soberbios
con la injuria en el semblante
y la cólera en el seno.

Todos la siguen, y todos
tiemblan al pisar el cerro,
los nabarros.... ¡de coraje!
los cordobeses... ¡de miedo!

¿A dónde marchas, Rey moro?
¿á dónde vas, agareno,
si en cada instante que pasa
reina la muerte en cien pechos?

Corre... vuela... no perdones
á tu potro el duro acero,
ni en salvando la existencia
repara en tus guerreros....

Mas si eres fuerte soldado,
en dónde está tu denuedo?
si invasor, ¿dónde tu hueste?
y si Rey, ¿dónde tu cetro?

En el cielo tus miradas
fijas por hallar remedio,
sin advertir que lo injusto
no se cobija en el cielo.

Tu honor feneció en el valle,
murió en el valle tu reino,
¡plegue á tu Dios que no acabe
tu regia vida en el cerro!

Mas un anchuroso río
te impide seguir huyendo,
y sus aguas turbulentas,
sus aguas... te causan miedo...

¿Te paras?... ¿temes?... ¿vacilas?..
¡Lánzate al río, agareno,
que ya Jimena te alcanza,
y si te alcanza eres muerto!

Ella al corcel pica espuelas,
y el bruto, al sentir el hierro,
según su rápida marcha
hijo parece del viento.

La ve el moro, ella le grita,
impónele al Rey su acento,
se turba, lánzase al río
juzgando evitado el riesgo.

Ella con nerviosa diestra
despide mortal acero,
y ántes que él diese en las aguas
¡carne y vida le ha deshecho!

Aplauden los montañeses,
y el río, turbio y siniestro,
le espera como á enemigo,
le aguarda como á extranjero.

.
Cayó el moro del caballo,
sirvióle el cauce de lecho,
¡bastaron seis piés de limo
á quien despreciaba un reino!

¿Dónde viniste?... ¿querías
del Cielo obtener remedio?...
¡Oh! nó, Rey; ¡lo que es injusto
no puede venir del Cielo!

¿A donde, á dónde, Jimena,
te lleva el pesar impío,
con la tristeza en el alma
y en los ojos el delirio?

Vuelve... ¡vuelve!... por qué arro-
tus nobles armas al río, ¡jas
y á tu corcel precipitas
por los empinados riscos?

Pára el corcel, no le hostigues,
Jimena, hácia esos abismos
tan profundos.... que del día
jamás los rayos han visto.

¿No ves que Roncal te llama?
¿no ves que ante tu peligro
los Echeke-Jaunak lloran,
y tiemblan sus fuertes hijos?

Mas... ¡ay! que ya entre lo oscuro
de los pinares sombríos,
se pierden las negras tintas
de su potro y sus vestidos.

.
Montañeses de Nabarra,
los que visteis su heroísmo,
tornad á vuestros hogares
entre luto y regocijo.

Dejad la sangrienta maza,
volved el puñal al cinto,
y por los himnos de amores
torcad los guerreros himnos.

Pero... allá... cuando en la noche
se oiga del viento el gemido,
y el cano, helador invierno
pare el curso de los ríos...

pensad que están bajo de ellos
los Monarcas enemigos...
y Jimena... ¡está llorando
en la tumba de su Iñigo!

HERMILIO DE OLÓRIZ.

